

SACANDO EL RIPIO A:

CARPIO, A.: Principios de Filosofía.

CAPÍTULO IV

EL DESCUBRIMIENTO DEL CONCEPTO. SÓCRATES

1. El momento histórico

Algunas características de la época en que vivió, el siglo V a.C.

Sócrates, Atenas (470/69-399.)

Vivió el esplendor del llamado siglo de Pericles (495-429) que convirtió a Atenas en centro de un gran imperio e impulsó su cultura.

En este siglo los minúsculos estados griegos rechazan al Imperio Persa (Maratón, 490; Termopilas, 480; Platea, 479); el triunfo helénico se sella en 449/8.

Fue testigo, también, de la decadencia de Atenas y del paso de la supremacía griega a manos de los espartanos.

En 431 se había iniciado la guerra del Peloponeso, que termina con la derrota de Atenas en 404 y el establecimiento en ella de un gobierno oligárquico filoespartano, el régimen de los Treinta Tiranos. Su pronto derrocamiento, por obra de Trasíbulo, en 403, permitió la restauración de la democracia.

Contingencias sociales y políticas:

- Gracias a Pericles, se produce el ascenso de todos los ciudadanos al poder, es decir, el desarrollo de todas las posibilidades del régimen democrático (inclusive con el establecimiento del sorteo para la provisión de magistraturas). Era una democracia directa, donde eran los propios ciudadanos (no sus representantes o diputados) quienes intervenían en el manejo de la cosa pública (Asamblea del pueblo). Esa democracia deriva hacia la demagogia en algunos casos, o hacia la tiranía, en otros.

Tales circunstancias corren paralelas con el cambio que entonces se registra en los intereses filosóficos

2. Los sofistas

La participación de los ciudadanos en el gobierno crece; cada vez interviene mayor número de gente en las asambleas y en los tribunales, tareas que hasta entonces habían estado reservadas a la aristocracia.

Los recién llegados a la política, sienten la necesidad de prepararse para la nueva tarea que se les ofrece.

Buscan información que los capacite para los problemas de que ahora tendrán que ocuparse, una especie de "educación superior".

Necesitan también un instrumento con el que persuadir. El arte de la retórica u oratoria.

Los sofistas se jactan de poder satisfacer esas necesidades.

Eran maestros ambulantes que iban de ciudad en ciudad enseñando, y que -cosa entonces insólita y que a muchos (entre ellos Platón) pareció escandalosa- cobraban por sus lecciones.[2]

[Hippias (nac. por el 480, contemporáneo de Protágoras), por ejemplo, se hizo famoso por enseñar la mnemotecnia, el arte de la memoria.]

Los sofistas se consideraban a sí mismos maestros de "virtud" (ἀρετή [areté]), es decir, lo que hoy llamaríamos el desarrollo de las capacidades de cada cual, de su "cultura"; y se proponían enseñar "cómo manejar los asuntos privados lo mismo que los de la ciudad".[3]

Algunos sofistas alcanzaron verdadera jerarquía de filósofos: sobre todo dos, Protágoras y Gorgias.

De los escritos de Protágoras (480-410 a.C.) sólo quedan fragmentos, entre ellos el pasaje que cita Platón: "el hombre es la medida de todas las cosas".[4] Con este principio llamado homo mensura, "el hombre como medida", quedaba eliminada toda validez objetiva, sea en la esfera del conocimiento, sea en la de la conducta. Todo es relativo al sujeto: una cosa será verdadera, justa, buena o bella para quien le parezca serlo, y será falsa, injusta, mala o fea para quien no le parezca (subjetivismo, o relativismo subjetivista; cf. Cap. I, § 2).

Cita:

Yo [Protágoras] digo, efectivamente, que la verdad es tal como he escrito sobre ella, que cada uno de nosotros es medida de lo que es [verdadero, bueno, etc.] y de lo que no es; y que hay una inmensa diferencia entre un individuo y otro, precisamente porque para uno son y parecen ciertas cosas, para el otro, otras. Y estoy muy lejos de negar que existan la sabiduría y el hombre sabio, pero llamo precisamente hombre sabio a quien nos haga parecer y ser cosas buenas, a alguno de nosotros, por vía de transformación, las que nos parecían y eran cosas malas.[5]

Protágoras enseñaba el arte de discutir con habilidad tanto a favor como en contra de cualquier tesis. Enseñaba cómo podía lograrse que el argumento más débil resultase el más fuerte, es decir, que venciese independientemente de su verdad o falsedad, bondad o maldad.

Gorgias (483-375 a.C.). Su pensamiento lo resumió en tres principios relacionados entre sí: "1. Nada existe; 2. Si algo existiese, el hombre no lo podría conocer; 3. Si se lo pudiese conocer, ese conocimiento sería inexplicable e incommunicable a los demás."[6] Era, por tanto, un filósofo nihilista, según la primera afirmación (nihil, en latín, significa "nada"); escéptico, según la segunda; relativista, según la tercera.

Podría afirmarse que el relativismo fue el supuesto común, consciente o no, de la mayor parte de los sofistas. No les interesaba tanto la verdad de lo demostrado o afirmado, cuanto más bien la manera de embellecer los discursos y hacer triunfar una tesis cualquiera, independientemente de su valor intrínseco.

El principio del homo mensura y el nihilismo de Gorgias revelan la crisis que caracteriza la segunda mitad del siglo V, de las convicciones básicas sobre las que el griego había vivido hasta entonces, de la "moralidad" hasta entonces vigente.

En efecto:

Durante generaciones, la moralidad griega, lo mismo que la táctica militar, había continuado siendo severamente tradicional, cimentada en las virtudes cardinales de Justicia, Fortaleza, Templanza y Prudencia. Un poeta tras otro habían predicado una doctrina casi idéntica: la belleza de la Justicia, los peligros de la Ambición, la locura de la Violencia.[7]

Hasta entonces, había dominado una moral y un derecho considerados enteramente objetivos y que nadie discutía (otra cosa es que se cumpliera o no con esas normas).

Para Trasímaco la justicia no es más que el interés del más fuerte, el provecho o conveniencia del que está en el poder [9].

3. La figura de Sócrates

Muy poco se sabe acerca de Sócrates. No dejó nada escrito. Los testimonios sobre él -principalmente Platón, Jenofonte y Aristófanes- no son coincidentes.[13]

Sócrates se opone al relativismo y subjetivismo sofísticos.

Un amigo de Sócrates, Querefonte, fue una vez al oráculo del dios Apolo, en Delfos. Le pregunta al dios quién era el hombre más sabio, y el oráculo responde que era Sócrates.[14]

Cuando éste se entera, queda perplejo, porque no reconoce en sí mismo ninguna sabiduría en el sentido corriente de la palabra. Sócrates se siente confundido, porque tiene conciencia de estar lleno de dudas, no de conocimientos. ¿Será que el dios ha mentado? Sin embargo, esto es imposible, porque un verdadero dios no puede mentir, como tampoco puede haberse equivocado.

Sócrates sospecha que las palabras del oráculo deben tener un sentido oculto, e intenta descubrirlo.

Para ello se propone interrogar a todos los que pasan por sabios y confrontar así con los hechos la afirmación del dios, para comprobar si los demás saben más que él o no, y en qué sentido.

Primero interroga a los políticos sobre algo que debieran saber muy bien: ¿qué es la justicia? El propósito fundamental de todo gobierno debiera ser primordialmente lograr un Estado justo. Resulta que le responden mal, o que no saben en absoluto la respuesta.

Interroga luego a los poetas, y observa que en sus poemas suelen decir cosas maravillosas, muy profundas y hermosas; pero que, sin embargo, son incapaces de dar razón de lo que dicen.

Y es que el poeta habla, pero a través de él hablan -según decían los antiguos- las musas, las divinidades, y no él mismo; el poeta es un inspirado (ενθουσιαζων [enthousiázon])

significa literalmente en-diosado) y por ello ocurre frecuentemente que el sentido más profundo de lo que dicen se les escapa.

Tampoco los poetas, entonces, merecen ser llamados sabios.

Interroga por último a los artesanos: zapateros, herreros, constructores de navíos, etc., y descubre que éstos sí tienen un saber positivo: saben fabricar cosas útiles, y además saben dar razón de cada una de las operaciones que realizan. Lo malo, sin embargo, reside en que, por conocer todo lo referente a su oficio, creen saber también de las cosas que no son su especialidad -como, por ejemplo, se creen capacitados para la política, cuando en realidad no lo están.

Al final de esta larga pesquisa comprende por fin Sócrates la verdad profunda de la declaración del dios: los demás creen saber, cuando en realidad no saben ni tienen conciencia de esa ignorancia, mientras que él, Sócrates, posee esta conciencia de su ignorancia que a los demás les falta.

Platón le hace decir en la Apología:

Me parece, atenienses, que sólo el dios es el verdadero sabio, y que esto ha querido decir por su oráculo, haciendo entender que toda la sabiduría humana no es gran cosa, o por mejor decir, que no es nada; y si el oráculo ha nombrado a Sócrates, sin duda se ha valido de mi nombre como de un ejemplo, y como si dijese a todos los hombres: "El más sabio entre vosotros es aquel que reconoce, como Sócrates, que su sabiduría no es nada".[15]

Frente a la infinitud e inabarcable complejidad de la realidad el conocimiento humano es siempre, por su finitud irremediable, casi nada.

Sócrates enfatiza en los límites de todo conocimiento humano.

4. La misión de Sócrates

Sócrates llega a la conclusión de que el dios le ha encomendado examinar a los hombres para mostrarles lo frágil de su supuesto saber.

Su misión será la de recordarles a los hombres el carácter precario de todo saber humano y librarlos de la ilusión de ese falso saber.

...a su juicio el dios lo ha destinado a esta ciudad [...] como a un corcel noble y generoso, pero entorpecido por su misma grandeza y que tiene necesidad de espuela que le excite y despierte. Se me figura que soy yo el que el dios ha escogido para excitaros, para punzaros, para exhortaros todos los días, sin abandonaros un solo instante.[16]

Convencido de su misión, persigue sin cesar a sus conciudadanos, y los interroga constantemente -de un modo que sin duda debió parecer molesto a muchos- para saber si llevan una vida noble y justa, o no, y exigiéndoles además en cada caso las razones en que se fundan para obrar tal como lo hacen, y comprobar así si se trata de verdaderas razones, o sólo de razones aparentes.

La crítica constante a que sometía las ideas y las personas de su tiempo, puede, por lo menos en buena medida, explicar el odio que sobre sí se atrajo y la acusación de "corromper a la juventud e introducir nuevos dioses", acusación que lo llevó a la muerte (muerte a la que no quiso substraerse, aunque lo hubiese logrado con facilidad, por respeto a las leyes de su ciudad y a su propia convicción referente a la unidad entre pensamiento y conducta).[17]

5. Primer momento del método socrático: la refutación

Sócrates filosofa mediante el diálogo, como especial organización de preguntas y respuestas convenientemente orientadas. Por tanto, habrá que explicar en qué consiste lo propio de este método y qué fines persigue.

Sobre la "ironía de Sócrates".

Disimulando hábilmente la propia superioridad, manifiesta Sócrates su falta de conocimiento acerca de tal o cual tema, y finge estar convencido del saber del otro, con objeto de que le comunique ese supuesto saber; para terminar, según se verá, obligándolo intelectualmente a que reconozca su propia ignorancia.

El método tiene dos momentos: el primero, negativo, se llama refutación. El segundo, positivo, es la mayéutica.

La refutación (ελεγχος [élenjos]) consiste en mostrar al interrogado, mediante una serie de hábiles preguntas, que las opiniones que cree verdaderas son, en realidad, falsas, contradictorias, incapaces de resistir el examen de la razón.

Sócrates se dirige, por ejemplo, a un general, pidiéndole que le diga qué es la valentía; o se dirige a un pedagogo preguntándole qué es la virtud, hacia la cual toda educación debiera orientarse; o bien le pregunta a un político qué es la justicia, puesto que toda política debiera empeñarse por realizarla.

Sócrates mismo no responde a estas preguntas, arguyendo que ignora las respuestas. Los interrogados, en cambio, creen ingenuamente saber lo que se les pregunta, pero el interrogatorio pone en evidencia que se trata de un falso saber: Sócrates los ha refutado.

Ejemplo: el Libro I de la *República*, en el que se combaten las opiniones del sofista Trasímaco.

Para ejemplo, se cita y comenta algunos pasajes del Laques.

En el Laques (190 e ss) Sócrates le pregunta al general de este nombre, a cuyas órdenes había servido en Delion, qué es la valentía; Responde Laques:

-Por Zeus, Sócrates, no es difícil decirlo: si alguien queda en su puesto, y enfrenta al enemigo, y no huye, sabe que éste es valiente.[18]

Sócrates observa que no se trata más que de un ejemplo, y que hay otros muchos casos de valentía diferentes. P. ej., los guerreros escitas, luchaban retrocediendo: avanzaban a caballo, lanzaban sus flechas, y luego, rápidamente, volvían grupas y desaparecían; y por su parte los espartanos, en la batalla de Platea, simulaban retroceder para atraer a los persas y así vencerlos.

También estos casos son ejemplos de valentía. De modo que ya hay aquí una contradicción: porque en un caso se dice que la valentía consiste en resistir a pie firme, y en el otro que consiste en retroceder. Laques tiene que admitirlo.

Al preguntar por la valentía lo que se busca no son ejemplos, sino lo común a todos los casos posibles:

-Quería interrogarte, no sólo sobre la valentía de los hoplitas [los soldados de la infantería pesada griega, que luchaban, en general, de la manera indicada por Laques], sino también sobre la de la caballería y la de todos los combatientes en general. Y no solamente sobre la valentía de los combatientes, sino asimismo sobre la de los hombres expuestos a los peligros del mar; y sobre la que se manifiesta en la enfermedad, en la pobreza, en la vida política; la que resiste no sólo los males y los temores, sino también las pasiones y los placeres, sea luchando a pie firme o retirándose. Porque en todos estos casos, Laques, hay hombres valientes, ¿no? Laques.

-Por cierto que sí, Sócrates.[19]

Además de la valentía [20] militar, se encuentra también la valentía ante cualquier clase de peligros -por ejemplo, los de una tormenta en medio del mar-; y asimismo se puede ser valiente o cobarde ante las enfermedades o ante la pobreza, y aun frente a las pasiones y placeres (v. gr. resistiéndolos, en lugar de dejarse arrastrar por ellos). De modo que hay distintos tipos de valor -militar, moral, político, etc.-, y dentro de cada tipo, además, cabe la posibilidad de asumir actitudes diferentes, que pueden llegar a ser opuestas, según se vio, respecto de la virtud militar, con los hoplitas y los escitas. No obstante, a pesar de todos esos diferentes tipos de valentía, y a pesar de la variedad de diferentes actitudes posibles en cada tipo, se habla de hombres "valientes", vale decir, de algo que todos éstos tienen en común; y es ese algo común, justamente, lo que Sócrates busca:

[...ALGO que todos éstos tienen en común...]

Sócrates: -Mi pregunta se refería a qué es la valentía [...]. Trata pues de decirme [...] qué es lo que es lo mismo en todos estos casos.[21]

Sócrates pide que Laques le señale lo que es "lo mismo o idéntico en todos los casos o instancias particulares" -así como si alguien preguntara qué es la belleza, la respuesta adecuada no podría consistir en decir: "María es bella", porque lo que se busca con la pregunta es lo que María tiene en común con todas las demás personas hermosas, y con todas las obras de arte, y con todos los paisajes hermosos, etc.

Ahora bien, lo común a todos los casos particulares no es ya nada particular, sino universal: Sócrates busca el "universal" (como se dirá en la Edad Media), la esencia o naturaleza. Esencia es lo que hace que una cosa sea lo que es y no otra (la esencia de la valentía es lo que hace que un acto sea valiente, y no cobarde; la esencia del triángulo es ser una figura de tres lados). La esencia en tanto se la piensa se llama concepto. Y la respuesta a la pregunta por la esencia de algo se llama definición -por ejemplo, si se pregunta: "¿qué es el triángulo?", la definición será: "el triángulo es una figura de tres lados". De manera que la definición desarrolla o explica la esencia de algo. Resulta, por consiguiente, que Sócrates busca la definición de los conceptos (o esencias): de la "valentía", en el diálogo que se está examinando; de la "piedad" en el Eutifrón; de la "justicia" en la República, etc.

Habiéndose aclarado lo que Sócrates busca, el interrogado aventura una definición. Pero Sócrates, mediante nuevas preguntas, mostrará que la definición aducida es insuficiente; y los nuevos esfuerzos del interrogado para lograr otra u otras definiciones hacen que Sócrates ponga de manifiesto que tampoco sirven, que son incompatibles entre sí, contradictorias, o que conducen a consecuencias absurdas. En el caso del Laques, el general ensaya la siguiente definición:

Laques. Me parece que consiste en cierta firmeza o persistencia del ánimo, si he de decir cuál es la naturaleza [o esencia] de la valentía en todos los casos.[22]

Sócrates observa, sin embargo -y Laques coincide con él-, que si la valentía debe ser algo perfecto, noble y bueno ("bello-y-bueno" -καλοκαγαθος [kalokagathós]-, decían los griegos), y no cualquier firmeza o persistencia lo es. Quien tiene un vicio y se mantiene y persiste en él, tiene firmeza, pero se trata entonces de una firmeza innoble, mala y despreciable. La firmeza será perfecta sólo en la medida en que esté acompañada de sensatez, de inteligencia, a diferencia de la persistencia insensata o tonta:

Sócrates. ¿No es acaso la firmeza acompañada de sensatez la que es noble y buena?

Laques. Ciertamente.

Sócrates. ¿Y si la acompaña la insensatez? ¿No es entonces mala y perjudicial?

Laq. Sí.

Sócr. Y algo malo y perjudicial, ¿puedes llamarlo bello?

Laq. Estaría mal hacerlo, Sócrates.[23]

+++

Resulta entonces que la valentía, que evidentemente ha de ser algo hermoso y noble, no podría ir acompañada de insensatez o locura, sino de inteligencia, de buen tino. Por tanto, parecería ahora posible alcanzar la definición buscada.

Sócr. ¿Entonces, según tú, la valentía sería la persistencia sensata?

Laq. Así parece.[24]

Sin embargo, con lo dicho todavía no se sabe bien en qué consiste la valentía, porque es preciso aclarar en qué sentido, o respecto de qué, es sensata la persistencia para que pueda llamársela valentía.

Sócr. Veamos, pues. ¿En qué es sensata? ¿Lo es en relación con todas las cosas, tanto grandes como pequeñas? Por ejemplo, si alguien persiste en gastar dinero con sensatez, sabiendo que luego ganará más, ¿dirás que es valiente?

Laq. ¡Por Zeus, claro que no![25]

Sócr. Suponte ahora un médico que, cuando su hijo, o cualquier otro paciente, enfermo de neumonía, le pide de beber o de comer, no cede a ello y persiste [en no darle ni bebida ni comida].

Laq. Tampoco en este caso [se hablará de valentía].[26]

Hay quienes, con toda inteligencia y sensatez, se mantienen y persisten en cierta actitud -como el comerciante y el médico-, sin que por ello se los pueda llamar valientes. La definición no sirve porque puede aplicarse a casos en que, manifiestamente, no se trata de valentía. La primera respuesta de Laques ("si un soldado queda en su puesto, y se mantiene firme contra el enemigo, y no huye") era demasiado estrecha, porque se refería a un caso particular (a la valentía de los hoplitas, y en ciertas circunstancias, no siempre). La nueva definición, en cambio, sufre del defecto contrario: es demasiado amplia. Los manuales de lógica enseñan que la definición no debe ser ni demasiado amplia (por ejemplo, "el triángulo es una figura") ni demasiado estrecha ("el triángulo es una figura de tres lados iguales"). La función de la definición consiste en separar, en acotar con todo rigor lo que se quiere definir.

Pero todavía hay más dificultades con la última "definición".

Sócr. En la guerra, un hombre resiste con firmeza y está dispuesto a combatir, por un cálculo inteligente, sabiendo que otros vendrán en su ayuda, que el adversario es menos numeroso y más débil que su propio bando, y que tiene además la ventaja de una mejor posición. Este hombre, cuya persistencia se apoya en tanta prudencia y preparativos, ¿te parece más valiente que quien, en las filas opuestas, sostiene enérgicamente su ataque y persiste en él?

Laq. Es este otro el que me parece más valiente, Sócrates.

Sócr. Pero la persistencia o firmeza [de este último] es menos sensata que la del primero.

Laq. Es verdad.[27]

Sócr. ¿No habíamos dicho que la audacia y la persistencia insensatas eran innobles y perjudiciales?

Laq. Cierto.

Sócr. Y habíamos convenido en que la valentía era algo hermoso.

Laq. Efectivamente.

Sócr. Pues bien, ahora resulta que, por el contrario, llamamos valentía a algo feo: a la persistencia insensata.

Laq. Es verdad.

Sócr. ¿Te parece, pues, que hemos dicho bien?

Laq. Por Zeus, Sócrates, ciertamente que no.[28]

Sócrates se refiere al caso de quienes defienden una posición muy segura, tienen mayoría y esperan refuerzos, mientras que quienes atacan son pocos y no han reflexionado suficientemente, pero llevan el ataque con todo vigor. Laques, entonces, y quizás casi todo aquel a quien se le preguntara, dirá que son más valientes los segundos.

[Aquí se bombea una intuición, para refutar una definición... Mostrar el mecanismo...]

Obtenemos una contradicción: antes se había establecido que la valentía debe estar acompañada de sensatez, pero en este caso resulta que los menos sensatos parecen más valientes.

Estos pocos pasajes del Laques bastan para hacerse una idea relativamente adecuada de la refutación.[29]

El análisis muestra que las consecuencias de la tesis o definición inicialmente aceptada son absurdas o contradicen el punto de partida

El procedimiento de refutación consiste en llevar al absurdo la afirmación del interlocutor. Sócrates no comienza negando la tesis propuesta, sino admitiéndola provisionalmente, pero luego, mediante hábiles preguntas, lleva a su interlocutor a desarrollarla, a sacar sus consecuencias, lo arrastra de conclusión en conclusión hasta que se manifiesta la insostenibilidad del punto de partida, puesto que se desemboca en el absurdo o en la contradicción.

6. La refutación como catarsis

Cuando el interrogatorio de Sócrates llega al punto en que se hace evidente la insostenibilidad de la "definición" de Laques, éste expresa de modo muy vivo el estado de ánimo, la perplejidad y desazón en que se encuentra:

No estoy acostumbrado a esta clase de discursos; [...] en verdad que me irrita verme tan incapaz de expresar lo que pienso. Pues creo que tengo el pensamiento de lo que es la valentía, pero se me escapa no sé cómo, de manera que mis palabras no pueden llegar a captarlo y formularlo.[30]

Cree "saber", pero no se encuentra en condiciones de ponerlo adecuadamente en palabras. Podría preguntarse si efectivamente posee una idea exacta quien no puede expresarla; porque si se tiene la idea rigurosa de algo, se tendrá, al propio tiempo, la expresión, puesto que pensamiento y lenguaje, concepto y palabra, probablemente marchen siempre estrechamente unidos. [!]

MENON

En otro diálogo platónico, Menón, el personaje que da nombre a la obra expresa el mismo estado de ánimo en que se encontraba Laques.

Menón: -Sócrates, había oído decir, antes de encontrarte, que tú no haces otra cosa sino plantearte dudas y dificultades y hacer que los demás se las planteen.[31]

Estas palabras reflejan bien lo que hemos llamado el carácter problematista del filosofar socrático, cuyo objeto era sembrar dudas, hacer que los demás pensasen, en lugar de estar convencidos y contentos de saber lo que en realidad no sabían. Y agrega

Menón: Si me permites una broma, te diré que, tanto por tu aspecto cuanto por otros respetos, me pareces muy semejante a ese chato pez marino llamado torpedo.[32] Pues entorpece súbitamente a quien se le acerca y lo toca; y tú me parece que ahora has producido en mí algo semejante. Verdaderamente, se me han entorpecido el alma y la boca, y no sé ya qué responderte.[33]

La refutación socrática termina por turbar el ánimo del interrogado -que creía saber y estaba muy satisfecho de sí mismo y de su pretendida ciencia-, hasta dejarlo en una situación en la cual ya no sabe qué hacer, en que no puede siquiera opinar, pues se encuentra como paralizado mentalmente.

Pero, ¿qué se proponía Sócrates al conducir a los interrogados a ese estado de turbación?, ¿qué fin buscaba con la refutación?

No se trata de un juego intelectual ni de una burla.

La refutación es actividad perfectamente seria, no sólo lógica o gnoseológica, sino primordialmente moral.

La meta que persigue es la purificación o purga que libra al alma de las ideas o nociones erróneas.

Para Sócrates la ignorancia y el error equivalen al vicio, a la maldad; sólo se puede ser malo por ignorancia, porque quien conoce el bien no puede sino obrar bien. Por tanto, quitarle a alguien las ideas erróneas equivale a una especie de purificación moral. "Purga". En el **Sofista**, otro diálogo platónico, se desarrolla este tema trazando una especie de paralelo con la teoría médica contemporánea acerca de la purga. La palabra griega es catarsis (καθαρσις [kátharsis]), que significaba "limpieza", "purificación" en sentido religioso, y "purga".

Para poder asimilar adecuadamente la verdad, es preciso que previamente se le hayan quitado los errores.

En el diálogo mencionado dice Sócrates lo siguiente:

En efecto, los que purgan [a los interrogados, es decir, los filósofos] están de acuerdo con los médicos del cuerpo en que éste no puede obtener provecho ninguno del alimento que ingiere hasta que no haya eliminado todos los obstáculos internos.[34]

La refutación hace que el refutado se llene de vergüenza por su falso saber y reconozca los límites de sí mismo.

Sólo el reconocimiento de la propia ignorancia puede constituir el punto de partida del saber.

Conocimiento es lo que soporta la crítica racional, lo demás es mera opinión.

7. Segundo momento del método socrático: la mayéutica

Mayéutica (μαιευτική [maieutiké]): el arte de las parteras, de ayudar a dar a luz. En efecto, en el *Teétetos* [36] Sócrates recuerda que su madre, *Fenareta*, era partera

El arte de Sócrates consiste, no en proporcionar él mismo conocimientos, sino en ayudar al alma de los interrogados a dar a luz los conocimientos que ocultan [desvelar].

Ayudar o guiar al discípulo. Por eso el procedimiento es el diálogo.

Para que el aprendizaje sea genuino, quien aprende tiene que comportarse activamente

El maestro orienta, pero cada uno encuentra el saber en sí mismo.

Los diálogos socráticos, y, en general, casi todas las obras de Platón, hay que leerlas, podría decirse, como piezas teatrales,[38] con final abierto. El diálogo hace patente el problema, e invita al lector a explorar sus propias respuestas.

Así como la refutación, entonces, ha liberado el alma de todos los falsos conocimientos, la mayéutica trata de que el propio interrogado, guiado por Sócrates, encuentre la respuesta.

En *Menón* [39] Sócrates interroga a un joven esclavo, ignorante en geometría, y por medio de hábiles preguntas lo conduce a extraer una serie de conclusiones relativamente complicadas, de modo que el esclavo mismo es el primero en sorprenderse por haberlas descubierto.

Sobre la base de un dibujo, el esclavo debe calcular la superficie de un cuadrado (ABCD).

Sócrates le pregunta luego acerca del cuadrado cuya superficie sea doble de la del primero:

¿cuánto medirá su lado? El esclavo no acierta en un primer momento; dice que ese lado será doble del lado del primer cuadrado. Pero pronto comprende, guiado por Sócrates, que de ese modo se obtiene un cuadrado cuya superficie (DEFG) es cuatro veces mayor que la del primero.

Por último descubre que el lado buscado se encuentra en la diagonal (AC) del primer cuadrado, y que el cuadrado resultante se construye sobre esta diagonal (HIJK).

Sócrates pregunta para poner en marcha la actividad del pensamiento del discípulo.

El maestro no representa más que un estímulo; el discípulo, en cambio, debe llegar a la conclusión correcta mediante su propio esfuerzo y reflexión.

8. La anamnesis; pasaje a Platón

Ahora bien, ¿cómo se explica que el espíritu, simplemente guiado por el maestro, pueda alcanzar por sí solo la verdad? Sócrates sostiene que el interrogado no hace sino encontrar en sí mismo, conocimientos que ya poseía sin saberlo. El alma descubre en sí misma las

verdades que desde su origen posee de manera "cubierta", des-oculta el saber que tiene oculto.

La explicación "mitológica" de Platón es la doctrina de la pre-existencia del alma. Ésta ha contemplado en el más allá el saber que ha olvidado al encarnar en un cuerpo, pero que justamente "recuerda" gracias a la mayéutica: "conocer" y "aprender" son así "recuerdo", anamnesis (ἀναμνησις o "reminiscencia"). APRENDER ES RECORDAR. [40]

De hecho hay en el hombre, además del conocimiento empírico, a posteriori, es decir, referido a las cosas sensibles, otro conocimiento radicalmente diferente, que no depende de la experiencia, es decir racional o a priori. Pero la teoría de la anamnesis y del conocimiento a priori son más bien de Platón.